Irene X

Perras de caza

ESPASA ES POESÍA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prólogo
Dedicatoria
Cita
Es de una sensibilidad tan delicada...
La incondicional
La R solo es una letra
Los débiles
Perras
- No
- La certeza
- La presa
- Despreciada
- Dos días antes de la M
- El gallo
- Los tejados
- Somos dos miedos con miedo...
- Chalana
- Stop
- Te vi
- Estoy
- El collar
- -ada
- Prima
- O no
- Cien aves en el suelo de Madrid

Cazadores
- Noodles
- La osadía
- Mentirosa
- Inocentes y culpables
- Un momento cualquiera
- Añadir publicación
- ¿Dormirá?
- Tiempos de guerra
- El grillo

Sweet
Descalza
Carta de intenciones:
La cuesta
Cualquiera
La vergüenza
Puñales
Daly City
El carcelero
Por lo servido
Valiente
Campo
L.A.
No tiene sentido alguno
Los caídos
Acantilada
Monólogo interior
No eres más que otra
¡Con la caja!
Cómo saldrán
Gif
Maggie
La amiga soy yo
Calcetín
Anatomía
Nota en la ventana:
La explicación
Descansar
El orfanato
Tu nombre
Tell
El ramito de violetas
Fenómeno/Natural
Atlanta Bari
De tal palo
Siempre
Recordar
En blanco
El pulso
Los bolsos invisibles
Un poema empieza por…
Di algo
Tu final
El mío

La casa
Pero florece una casa...
El hogar
La china
29
30
Celeste
Celeste
Los falsos ídolos
El naranjo
Una voz más antigua que la de esta mañana amarilla...
Oye, tú
La misma de ayer
Un círculo también es un cero o por dónde empezar
La madre
Triste
La trenza
Revolver
Página 0
Volver a empezar
Estos años he aprendido II
Epílogo
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Perras de caza condensa una escritura tan aguerrida como poética, que envuelve un grito apasionado y feroz en pos de la liberación de las mujeres: versos que no dejan de cautivarnos.

En sus poemas, Irene X rompe abruptamente con el silencio que envuelve un mundo artístico gobernado por hombres. En palabras de la autora: «Un mundo donde la mujer —siempre tratada como un ente frágil para poder quebrarlo— es objeto de abuso, coacción, extorsión y burla. Reducida a ser la compañera arrodillada, una mascota fiel. Que tarde o temprano será colgada, abandonada o llevada al matadero. *Perras de caza* es un viaje doloroso hacia una liberación necesaria».

PERRAS DE CAZA

Irene X

Prólogo de Aixa Bonilla
Epílogo de Amanda

Prólogo

Como un crujido en una vértebra, como una pequeña astilla debajo de la uña, como el silencio después de un accidente; así es la primera vez que te encuentras a una perra de caza abandonada.
No sientes compasión, sientes odio.
Sientes una ira, oscura como brea, en la boca del estómago.
Quieres *jugarte la muerte*: buscar por cada rincón del planeta a los cazadores, acorralarlos, apresarlos con tus manos y matarlos lentamente; disfrutando cada sonido entrecortado de sus respiraciones, sonriéndole a unos ojos que solo reflejan su incipiente final.

Es el momento de dejar de hacerle el trabajo sucio a los demás.

Un cazador sin su perra y su arma, solo es otra presa más.

Y, tarde o temprano, tenía que pasar.

La *rebelión en la granja*: las perras se han cansado de mentir por ustedes. Se han cansado de su sistema dictador, de sus castigos, de sus abusos, de su falta de empatía.
Se han cansado de cazar para ustedes cuando ahora pueden cazarte a ti.
Cuando, por fin, pueden cazar para sí mismas.
Se acabó el trozo de pan duro y mohoso como recompensa, se acabaron los golpecitos en la cabeza al son de: «Buena perra».
Se acabaron los castigos por todo aquello que no estuviera escrito en su estrechez de miras.
Se acabó.

Y, cuando todo se acaba, es el momento perfecto para empezar.

En el instante en el que ladró la última perra maltratada empezó el Big Bang: toda esta podredumbre que han dejado al pasar será el abono de los árboles que nos cobijarán durante generaciones; no habrá bozal que nos haga callar, no habrá correa capaz de contenernos; solo, y repito, solo, abrazaremos la libertad.

Si quieren seguir jugando a las cadenas: prueben a separar hoy la unión de las perras.

AIXA BONILLA
@aixabonilla

Para Amor.

Te debo la vida,
nunca podré reducirte a un poema.

Aquí pasa, señores,
que me juego la muerte.

JUAN GELMAN, *El juego en que andamos*

Es de una sensibilidad tan delicada, como una burbuja, la habilidad de una mujer para disimular su dolor.

De ahí esa capacidad mamífera y fiera para reconocer el de otra.

[LUIS MIGUEL, *La incondicional*]

La incondicional

Sí,
soy yo
—la que no espera nada—,
vengo a levantar una carta
con una uña partida.

En mi estómago un bozal,
como el plástico que habita
en los animales cedidos a la eternidad
por la crueldad humana,
empieza a asomar por mi garganta.

¿Lo escuchas?

Suena como una arcada y un pequeño león
desperezándose.

¿Lo ves?

Os agacháis,
me sonreís cínicos
con la correa en la mano.

En esta carcajada
pierdo el último diente de leche.

Cuántos años me ha costado reírme,
cuánto ha llovido bajo esta puerta vuestra,
este plato donde me decíais: sin trucos, trae conejas hembra.

Cuántos años he tardado en cambiar el brillo en los ojos
por una llama crepitando.

Aun de tantos años tratándose,
más habéis tardado vosotros en daros cuenta
de que la perra sumisa ya no estaba a vuestro lado,
sino de frente.

Esas correas vacías, los platos negros,
como tartas de moscas,
y a vuestros pies: solo un bozal.

La R solo es una letra

Han colocado un poste donde soplé tus cenizas,
donamos tus córneas a un invidente que leía mi futuro
y supo enseguida que no vería lo que se avecinaba.

Mi comunidad de vecinos dijo no a las perras,
pero sí al cazador.

Yo llegué con una paloma blanca
y todos apuntaron como un francotirador: la recogida de basuras serás tú.

—*Quiero decir yo*—.

Creo que no quería decir nada antes de la contusión maxilofacial en cadena.

Los bozales baratos provocan lo irreparable.

Me hubiese quedado con el amo porque tenía todo menos la R.

La R solo es una letra del amor.
La R solo es una letra.

Me hubiese quedado contigo, amor.

La R solo es una letra.

¿Decías «te amo o tu amo»?

Ha pasado tiempo desde que me retorciste la oreja hasta que sonó un crack.

¿Decías «te amo o tu amo»?

Desde que hiciste cucurucho papel de plata mis orejas no te oigo bien.

Por favor, respóndeme.
Seré tu perrita fiel, dormiré con el culo en pompa al fuego de tus fuegos.
Calentaré tus pies, volveré a traer liebres a tu puerta rosada.

Callaré la sangre, dímelo.

Callaré el dolor.

Mientras me matabas: ¿decías «te amo o tu amo»?

Los débiles

Hicimos de la tierra mojada un jardín limpio
donde parir nuestras crías.

Antes de eso,
dijimos «el amor».
Todo lo demás no nos importaba,
porque dijimos el amor.

Y entonces lo hicimos.

Fue brusco y nuestros mechones pendían
de vuestros dedos, pero parecía romántico,
como un vinilo de Gardel.

Fuimos rubias y pelirrojas,
de piel morena cada vez más pálida,
escribiendo AMOR AMOR en un folio
cada vez más sucio.

Tan cochino aquel trozo de árbol cortado,
lo escondimos bajo una escombrera de barrio,
nos pintamos la cara con lodo de las lluvias sobre mojado
y seguimos llamándoos: ¡AMOR, AMOR!

Tal fue la palidez que nuestras aguas rompieron un abril,
nos confundieron con aquellas mil lluvias y
al volver a la tierra fértil:
solo colillas, ceniza y retazos de plástico.

Atisbos de aquella nevada en vuestro tabique nasal,
un sangrado juvenil por una dosis mayor,

la marca típica de un profiláctico comprado de madrugada
y un par de vecinos taciturnos que nos vieron gritar como
perras al parir.

Como perras parir.

Dividir el cuerpo,
partir los huesos,
traer al mundo los hombres que nunca
estuvisteis preparados para ser.

Y enterrarlo con el luto que jamás
hubieseis sido capaces de vestir.

PERRAS

… o la puta al río.
REFRANERO ESPAÑOL

No

No estoy delgada, estoy enferma.
No estoy triste, estoy deprimida.
No estoy loca, estoy inadaptada a una sociedad inadaptada.
No estoy en paro, no estoy dispuesta a ser manipulada, coaccionada, cosificada, humillada y explotada el mayor tiempo de mi vida en algo que me la quita.
No soy hippie, soy artista.
No soy artista, soy lo que quiero ser.
No soy lo que quiero ser, soy lo que me dejan.
No soy lo que me dejan, soy española.

No soy feminista, soy mujer.
No soy mujer, soy todo lo que me permitís ser en cada sitio, en cada cuerpo, en cada momento, en cada decisión, en cada paso, en cada beso; porque gracias a otras mujeres: hoy soy feminista.

No estoy nerviosa, estoy cerca de sufrir un ataque de pánico por mi trastorno de ansiedad generalizada.

No estoy ocupada, hoy es 17 y mi TOC no me permite hacer otra cosa salvo llorar los 17 de cada mes.

No te quiero, te quiero muchísimo y mi trastorno límite de personalidad es incapaz de mantener esta emoción, a veces, incluso más de dos horas seguidas.

Pero, sobre todo,
esta vez no estoy mintiendo,
estoy diciéndote de una manera dulce que, por fin,
soy una sinvergüenza.

Y que no soy la de la historia, soy quien la escribe.

La certeza

No rabies, cazador.

Yo
nunca me oculté.

Tener la sospecha constante
también es la certeza.

Fuiste tú el que confundiste a una pantera
con tu gata doméstica.

La presa

Te he dejado más de 672 notas de voz en WhatsApp,
una denuncia en comisaría,
varios disturbios a nivel nacional.

En las pancartas se leía:

«NI TÚ MERECÍAS NACER NI ELLAS MORIR.
ENTRÉGATE O CUÉLGATE DEL PRIMER CIPRÉS».

Ha llovido sobre inundado, claro.

Cientos de niñas mutiladas han atascado una presa.

Cientos de presas con sus crías en la boca
cruzaban entre la vida y la muerte.

Entre la vida y la muerte,
a veces,

solo existe un caimán chillando el amor
mientras abre como una trampilla la boca.

Hablas demasiado para el poco tiempo que te queda,
nadie hablará de ti cuando hayamos sobrevivido.

Despreciada

Quiero creerte y protegerte,
pero nada más frente a mí veo.

Solo mis brazos de árbol,
madera ya descuartizada,
tendidos ante ti.

Tu grito de atención despreciada
y una tormenta eléctrica que,
sin duda,
sobre tu piel no causará
el inminente final de la mía.

Dos días antes de la M

Me hubiese gustado contarte que una aplicación nos avisa a nosotras, las mujeres, de cuándo los ovarios se preparan; inflamados, rebeldes, osados y con razón.

Demandados por un útero aquejado, sentado en una silla blanca de urgencias, esperando mientras golpea impaciente su turno; rugoso, empapado, dolorido, hastiado.

—Siempre me he preguntado si fue un hombre como tú el que decidió los colores alegres e irritables de dicha aplicación. Esto es decir: un valiente ignorante—.

Un útero que chilla como las mujeres de carne marcada en los sueños antes de despertarse y comprobar que su grito no emitía sonido.

Nadie escuchó.

Una guerra.

Útero inquisidor que nos dobla como paja, nos arrodilla ante el wc y nos vacía, sale como lágrimas de un esfuerzo arcaico por los ojos.

—Si me esfuerzo puedo imaginarlo pidiendo ayuda—.

Ingerimos una pastilla más de aquel laberinto donde introducimos la mano.
Los dedos como una araña buscan entre el suelo de esa dichosa mesilla, tan llena de pastillitapastillita.

Aplicamos el calor, con los mismos dedos teñidos nos rozamos la vagina.

Acantilados de sangre.
Y no,
no más días para la M
hasta la siguiente contracción que nos recuerde
que no somos dignas del fruto de nuestro vientre.
Se dice que dijo un hombre hace tantos años
envalentonado al morir en la cruz.

Nosotras vivimos en ella,
todas somos Jesús.

El gallo

Que la oscuridad no te confunda: no tengo la piel de gallina.

Conservo mi sabiduría en braille.

Los tejados

A Gata Cattana,
que nunca se fue.

Más sabe la gata por donde anda que por gata.

A mi susto.

Somos dos miedos con miedo a perdernos
y el coraje de apostarlo todo siempre a siempre.

Chalana

Tu amor me hizo tan importante que
atisbé la posibilidad de andar sobre el mar.

Stop

Frena.

¿Ves las huellas en el suelo?

Son tus manos.

Deberías recostarte, darte miel y ternura.

No puedes seguir haciendo por ti
todo lo que lloras que no haga el resto.

[FITO PÁEZ, *Un vestido y un amor*]

Te vi

¿Has visto alguna vez una estatua moverse?

Tú me dirás que no,
con tus dos ojos centelleando tristes
como piedras preciosas.

Después levantarás un muro para decirme: cruza,
este sitio es un paraíso donde estar a salvo.

Y aunque fuese el paraíso,
yo solo podría mirarte a ti.

Te preguntaré una vez más
si has visto alguna estatua moverse
y tú me dirás que no,
pero

yo cada día,
milimétricamente,
te observo como la Venus de Milo.

Solo que tus brazos,
como una estrella de mar,
vuelven a regenerarse para una caricia más.
Si te vieses erguirte de un charco de cenizas,
como yo te veo abrir las alas y cobijarme,
y cobijarnos a todos.

Si te vieses elegir mi mano para afrontar el camino,
seguir sonriendo después de perder la forma,

bailar en una oscuridad que ya dominas.

Sabrías que eres todas las aves que sobrevivieron al fuego,
por eso tu corazón es un incendio que calienta el mío.

Por eso sé que hay estatuas que se mueven,
aunque tú me digas que no.

Sé que hay Venus,
mucho después de la de Milo,
que, además de moverse,
se tallan solas.

Y aquí estás, en este mundo
siendo el motor del mío.

Estoy

No estoy callada,
estoy protegiendo a tu corazón que hoy arde.

Llegará el día que veas lo que no quieres,
y aunque hoy me odies: yo lloraré contigo hasta que se apague.

El collar

Me despedí de puntillas silenciosas.

Pese al dolor en el costado de las fracturas.

También de todos los que no estuvieron ahí, me despedí.

¿No os disteis cuenta de que, después de más de cien collares,
una soga ya no era más que un lazo para una perra?

-ada

La ignorancia es una mansión de la que te echan de una patada en la boca cuando ya te habían arrancado hasta el último diente.

—Es el cazador el que teme al animal y no al revés—.

Ahora, miro la verdad entre las uñas roídas y solo pienso: ya lo sabías.

Cuando dejasen de necesitarte,
te llamarían necesitada.

Pero tú eso ya lo sabías.

Prima

Te acercas
con las orejas gachas,
con la ternura del hocico húmedo
hacia mis patas partidas sin piedad
—como las de una langosta en manos de una clase social superior—
y yo, que he ido ordenada directamente a morderte el cuello,
a hincarte el colmillo en la vena;
que lo que se me ha enseñado es que por el mar
corren las liebres
y las perras ciegas de amor
—esto es decir adiestradas—.
Que lo que se me ha repetido en la doctrina
es que te coja del cuello
y te lleve a casa
—qué bonita la palabra «casa» cuando tiene por dónde salir—
para que entre todos te despellejen y
hagan contigo un banquete.

—Para que se te coman, hermana, para que se te coman—.

Yo me acerco a ti temblando.

—¿Y qué miedo o qué lástima debería tenerte? Si pudieras, me despellejarías tú a mí—.

Yo te digo: corre ahora, corre ahora que puedes.

Corre, que pronto te pondrán un bozal;

y lo sabes.

Lo sabes tan bien como yo,
que te di lo que más querías en la vida
y tu dedicación consistió en quitármela.

Y cuando tuve fuerzas para desenterrarme
fui a pedírtela: pero ya no me reconocía.

O no

Sobreviviremos a una pandemia,
pero no a que sigáis confundiendo luchar por derechos
con pelear por privilegios.

Cien aves en el suelo de Madrid

Quisisteis matar de dos en dos de un tiro,
quisisteis a las ciento volando en mano.

Después,
quisisteis desplumarlas.

Quisisteis el banquete.

Pero vuestro discurso contra las armas
cada vez silenciaba menos los tiros.

CAZADORES

Canis caninam non est.

[«Perro no come perro»:
refrán de la Antigua Roma]

Noodles

Toseré dieciséis veces en la puerta de tu casa, pero no meteré la pata porque ya lo hiciste tú.

Te abrí y te la pillaste.

Voy a hacer un camino de noodles y miguitas de tu casa a la mía para que pueda seguirme mi perro por si alguien tiene que consolarme, y lo voy a llamar «El camino de San Donde Dije Digo» y te voy a llamar Diego porque es el nombre que deberían haber elegido tus padres antes de abandonarte.

Después voy a llamar al timbre de manera cruel e insistente entre las 07:00 y las 07:15 de la mañana y voy a gritar: PUBLICIDAAAAAAAD: te vendes MAL.

Estás regalado y sales caro.
Te has convertido en una contraindicación digna de rinoplastia, siempre te imaginé siendo un parto, un dar a luz.

Cuando sepa que estás despierto y de mal humor, me cercioraré de que no puedas conciliar el sueño y, plácidamente, me dejaré caer en el colchón como una gota de sangre en las bragas el primer día de la tormenta roja, y te soñaré cubierto de ella.

Hasta dejar de quererte.

La osadía

Quién te va a recoger ahora con suma delicadeza la cara
cuando se te caiga de vergüenza entre la cena.
Cómo querrás que disimule entonces este islote que has
dejado después de vomitar
la osadía de creerte dueño de la veracidad de tus palabras.

Un día gritaste mi nombre tan alto
que creí que siempre estarías por encima de la media,
en aquello de necesitar que mis piernas fuesen la efímera
imagen del jaguar;
mis brazos, una cesta de higos acercándose a la cuna;
y ahora tengo que susurrar avergonzada
que una vez te quise muchísimo,
tanto como te voy a despreciar el resto de mi vida.

Más de lo que siempre supe que
—en vergonzoso silencio—
te has despreciado tú.

Mentirosa

En el espejo se reflejan mis ojos
como piedras que brillan esperando el rocío.

Sálvame del desierto,
yo soy la que te hace ver los oasis,
yo soy la asesina,
yo creé a las pequeñas pirañas con patas.

Yo soy la gota de sangre,
y la calma cuando cae la gota de sangre,
y el coraje; también el coraje de que seas un cerdo aprensivo,
hijo de mil maldades.

Yo soy la que libre era más bonita,
yo soy la que desnuda más de la tierra,
yo soy la del «quédate a dormir».

Era todo lo que pedías,
porque era todo lo que querías.

Porque los pactos se sellan como caballeros,
con las manos.

Al cuello, dilo.

Lo importante es dejar,

¿huella o marca?

El amor es la hostia, dilo ahora.
¿Me la das o se la cuentas?

Yo soy la ciento volando presa en la mano, tras la espalda,
para que tú lo seas en el aire.
Yo soy la puta, porque las princesas son monárquicas
y a ti te asusta decir «reina».

Yo soy la que mira y calla.
Oye y calla.
La que calla y dice: «Solo es un niño»

—pero los niños no mienten—.

Solo estaba borracho

—pero los borrachos no mienten—.

Tú dices la verdad cuando me llamas «mentirosa»,
porque yo soy la que no te dijo «para»,
yo soy la que no te dijo «duele»,
yo soy la que no te dijo que un desmayo,
una gripe,
una crisis de ansiedad,
una bronquial
o una existencial no se curan con un polvo negro;
negro como cuando arde lo oscuro.

Yo soy la que solo dijo: «Es un niño».

Y eras ya un hombre lo suficientemente hábil como para
atisbar que yo lloraba,
yo no quería,
yo soportaba,
yo sangraba,
yo limpié mi matriz,
yo sola lloré la ausencia deslizarse entre mis piernas.

Yo soy la mentirosa así que dilo, promúlgalo,
ponle mi nombre a otra calumnia.
Piensa en mí cuando sufras de justicia, alardea de tu
bandera de una cara,

esconde la otra porque hoy digo ya tranquila que mentí al
decir que eras un hombre bueno

y yo, una niña.

Siendo yo mejor,
siendo ya mujer.

Inocentes y culpables

Pues claro que me echo retorcidamente de menos,
pero a la chica inocente que te quería la detesto tanto
como a este momento inútil que me apuñala el costado.

Un momento cualquiera

En cualquier momento voy a romper a llorar como brota la flor,
cruje bestia el cuerpo que da a luz, surge el poema,
casca el huevo la mano anciana.

Me pregunto si sabrías, de todas,
una sola causa de esta fractura a gritos de cetáceo.

O si identificarías tu palma
entre todas las tipografías de mi cuello
y sentirías al menos el instinto dócil del perro ciego,
el beso innato del perdón.

Sería entonces ese un momento oportuno para estrenar el llanto.

Sería un momento bello,
como alcanzar un trocito de Venus,
robarlo
y escondérmelo en el pelo.

Claro que entonces no hablaríamos de esto,
ni de mí,
ni sería aquí y ahora.

Ni mucho menos eso sería
un momento cualquiera.

Añadir publicación

A las veintisiete chicas que les has escrito el mismo poema
en común
también les ha parecido una horterada,

pero yo,
además,
tenía la necesidad de decírtelo.

¿Dormirá?

El tiempo vuela en preferente,
las esperanzas siempre ganaron al escondite,
los ansiolíticos se acostumbran a ti, y no al revés.

Nos queda un amor puro de leche materna y una pregunta
—dolorosa como una gotera
que siempre cae en el mismo punto de la cabeza—:

¿dormirá la gente que te deja meses sin poder salir de la cama?

Tiempos de guerra

En tiempos de guerra escribir el amor es como dejar de hacerlo: escribid la guerra.

El grillo

Para qué buscas, indagas, espías:
te esfuerzas en saber lo que estoy haciendo.

Si te pica, te arde, te escuece.

Como una ortiga que tú mismo te has buscado
colándote en mis campos.

Sweet

Al despertar me unto los ojos en pozos de agua helada a los que doy forma con las manos.
Retiro las legañas y busco a la niña.

La sonrisa no es la misma desde que la tiraste de una patada.

—Desde la contusión maxilofacial en cadena, ¿recuerdas?—.

Me hubiese gustado decirte que he perdido los dientes por un paladar hendido,
pero mezclo ese pozo de agua helada con llantina para enjuagarme la boca,
— e s c u e c e —
y escucho *Sweet Caroline*.

Pese a andar entre persianas rotas, siempre sentí más lástima por ti.

Y nadie debería sentir lástima por quien no sabe escuchar:

morirás hablando solo.

Descalza

«No andes descalza».

«No andes descalza», me repitió mi madre dieciséis años seguidos.
Si os hiciese contar los meses, perderíais el tiempo que tardo en tragarme una pastilla.
Si os hiciese contar la verdad, perderíais la vida.

¿No soy terriblemente bondadosa con vuestra condición afortunada o es que todavía no os basta?

¿No soy terroríficamente paciente o es que nunca habéis vivido en una ciudad de viento violento en carne viva?

«No andes descalza», me repitió mi madre dieciséis años.

«¿Sabes cuántas veces tengo que fregar al día? Mira todas las marcas en el suelo.

Encima todo lo malo entra por los pies.
No andes descalza».

Me pregunto si ella recordará tan mal como yo
ese sueño que llega la peor noche del año,
como una factura improvista del banco,
donde todos mis zapatos arden.

Y las únicas marcas en el suelo que encuentro al despertar
son gotas como piedras de granizo de una sangre ya tan seca
que me cuesta reconocer como propia.

Carta de intenciones:

Hoy quería recordarte una serie de cosas,
será mejor que raciones los capítulos,
no te será agradable vomitar
todo el asco que a mí me diste.

De cada palabra que me acercó un solo centímetro al suelo:
aprendí la tierra.
De cada golpe: yo me quedé con la suerte
y tú con la sangre.

En qué manantial te limpiarás
si, mosquito que la roba, muere en el agua.

Yo soy la Eva,
yo soy la Dios no existe,
yo soy María
y me apellido Magdalena.
Yo soy la Madre,
la hija,
la compañera.

Yo soy la hembra,
yo soy el templo que caerá sobre ti.

Tú el impostor,
tú la gotera.

Hoy quería recordarte que conozco el sabor de mis plaquetas,
que sé caminar con el dolor atado a las muñecas,
que puedo levantar ciudades mientras berreas como un

niño sin caramelos.

Que tengo los morros hinchados de comer rosas y,
ahora,
las planto en el jardín de mi futuro,
las coloco en mi pelo,
las acaricio con la empatía de la perra superviviente.

Y por cada espina,
un recuerdo menos.

Que por cada espina de la corona
—colocada con tu cola de escorpión—
ya solo me queda el recuerdo
de haber sobrevivido a la cruz.

Y eso no lo hizo ni Dios,
ni tú.

La cuesta

Tú corrías tras de mí
como quien quiere alcanzar un billete
que cae del bolsillo de otro.

Sin ver que yo rodaba,
cuesta abajo
y sin viento.

[RADIOHEAD, *No surprises*]

Cualquiera

En mi pequeña anatomía se activa un puño
—como un resorte en el estómago—
cuando soy consciente de que fui solo un clon más
con el que repetiste lo pasado
y repetirás tu futuro.

—*You're so fucking simple,*
but I'm still a creep—.

¿Sabes?

Cualquiera es el que trata a otro como a cualquiera.

La vergüenza

La nariz no crece.

Lo supimos desde niños.

Si mentías: la nariz no se inmutaba lo más mínimo.

Sin embargo los colores brotan con la vergüenza, como se extiende una mancha de tinta
—imparable, cada vez más y más grande— en la reputación.

La reputación es una sábana que a gota caída no volverá a ser pura.

Al final todos dormimos sobre la misma,
solo que algunos nos despertamos más limpios que otros.

Puñales

Ingenuo,
mientras me apuntas,
mi ejército te apunta por la espalda.

Ellas no ladran,
afilan el calcio.

Tantas veces sonreíste por el oro,
que confundes dientes con cuchillos.

Daly City

No es un terremoto,
es que ahora yo tengo el poder
y tú tiemblas de miedo.

[ROSALÍA, *A ningún hombre*]

El carcelero

Más sabe de la celda quien la habita
que quien la crea.

Por lo servido

Mis cuadernos son las paredes de un psiquiátrico abandonado.

Unas paredes abandonadas donde me pusiste contra todas las espadas,
mientras, mirándome a los ojos, te ibas en el mismo río
que te lloraba.

Aprendí a no ahogarme antes que a nadar,
ya te lo dije: aprendí a no ahogarme.

Antes que a nadar,
aprenderé a dejarte sin aire
para recuperar el mío.

Valiente

Cobarde,
si no temías a la loba:

¿por qué la tocabas atada?

CAMPO

El violador eres tú.
HIMNO FEMINISTA, Chile, 2019

L.A.

Mucho antes de llevar 3 minutos 15 segundos caminando, mis manos ya eran un muñeco de nieve.

Sé que es el tiempo exacto porque es el tiempo exacto que dura la canción que estaba escuchando. Pronto el sol estará más cerca de la Tierra y esta misma canción habrá sido superada por su creador, por otra con la palabra «caliente», y es entonces cuando pienso que, no tan tarde, mis manos comenzarán a gotear hasta desaparecer.

Mientras tanto pego un anuncio en una farola. Un anuncio sin esfuerzo. Folio A4 con parte inferior recortada en tiritas. En el folio se puede leer: «Se precisa ser comprometido con el frío, capaz de hacer ángeles sobre palmas heladas de manos diminutas random». Es entonces cuando recuerdo que jamás fuiste capaz de reducirte, o tal vez ceder, o podría ser dejarte caer sobre mis manos. ¿Sería tu orgullo un reno acostumbrado a agachar la cabeza solo para amenazar con su asta?

Durante dicha semana paso por la misma farola, dejo un rastro de gotas por el camino. Mis uñas rojas desaparecen, van dejando una pista, una huella, como la flor de pascua que me persigue allá donde voy.

Se han agotado mis números de teléfono y en el anuncio alguien pintó: «Pobre diabla» y me reí estrepitosamente sola, pues Don Omar es fruto del calor, el deseo y de estar bastante borracha.

En mi WhatsApp varias personas me muestran fotos, el

orden de las fotos es el siguiente:

- Una amable foto de su rostro.
- Una palma tan blanca como Cerler en enero con un ángel caído.
- La misma palma, el mismo ángel y su cuerpo reducido a ser el rastro, el frío y el que complace.

Pero solo te veo a ti, tiempo después, demandando la atención que siempre ignoras por una red social elitista y cruel.

No mandas ninguna foto, solo preguntas si estoy despierta. Yo me pregunto si sabrás del estado, esto es decir, del fin inminente de mis manos y presupongo que sí porque me conoces lo suficiente para saber que

ya me he arrepentido de abandonar mi número de teléfono en plena calle. He corrido hasta el Valle de Tena y lo he lanzado con todas mis fuerzas al pantano para regresar a la contaminación de la ciudad y obtener otro número que usaré únicamente para mentir a los familiares que me preguntan cómo estoy.

Uso mis dedos para responderte con brevedad que no, que no estoy despierta porque es mi manera de decirte que tu orgullo hace que goteen los interiores, las aristas, la nariz redondita de mis mascotas y mis órganos vitales; pero recuerdo habértelo dicho una vez.

Solo tengo que volver a mirar las palmas de mis manos, ya sin yemas, ni uñas ni dedos, y comprobar que pronto seré un río con dos ojos como peces compitiendo por llegar a ver antes mi diminuto cuerpo, haciendo ángeles perfectos en las palmas de las tuyas.

No tiene sentido alguno

Poniéndonos en la tesitura
—y figurando que la tesitura todavía esté dispuesta a que coloque lo que me venga en gana sobre ella—,
calculemos que dormí seis horas.
Esto sería haber pasado por todas las fases del sueño de manera ininterrumpida al menos una vez, de no ser por mi medicación.

Mi medicación solo es mía porque alguien me la pauta.

Este es el último pensamiento al que logro acceder antes del sueño. El pensamiento es mío, lo agarro con los caninos.

Mis colmillos tienen agujeros negros que pronto serán sellados, he de evacuaros mucho antes o viviréis para siempre en una *escape room* de paredes que se abren y cierran como una planta carnívora.

Alguien me sujeta de golpe por la muñeca derecha mientras voy con prisa a tu supermercado más cerca-

no, exactamente a 3.752 km de mi casa para comprar tu cara de sorpresa y entonces me pregunta: ¿la próxima vez serás más celosa de tu vida privada?

Yo me zafo porque solo me gusta que me agarren de las muñecas cuando me voy a correr, no cuando voy corriendo y porque cuántas veces tengo que explicar que mi vida privada y yo rompimos hace más de diez años. Que me da igual lo que haga, que por mí puede tontear con otras, que mi vida privada y yo *bella ciao, bye, au revoir*. Que no, que

no quedamos como amigas. Que no sé nada de ella.

Cuando llego al supermercado las saludas a ellas antes que a mí y yo te digo que sus acciones han caído desde el 2010 y que ya no están disponibles mientras me ajusto el escote. Voy a la sección de congelados y escojo el producto que más se ajuste a las tendencias de YouTube para enrollarlos sobre las varitas de pescado sin espinas.

De vuelta al libro alguien me agarra de la muñeca izquierda y me dice: «¿La próxima vez serás tan amiga de tus amigos?».

Esta vez la agarro y le contesto que si todavía no se ha dado cuenta de que soy muy enemiga de sus ene-

migos y, con una aplicación de 2'99 € y algo de pimienta que traigo para hacerte una carbonara, me coloco sus ojos en las manos y sigo caminando.

Quince minutos después me despierto y tú me dices: «Esta relación no tiene sentido alguno».

Y creo que voy a regresar para dárselo solo por quitártelo a ti.

Los caídos

Cuando suene el estruendo en el bosque,
porque habrá de sonar,
y caigas envejecido de avaricia: fingiremos no haber oído.

Fingiremos, como se dice en las familias avaras de oscuridad y secreto cochino,
que un arma se guarda por protección.

Así como sin dudar jalaste mi tronco, yo te haré recordar que:
mucha benevolencia,
también favor o amabilidad; también bastante es
no hacer leña del árbol caído
pudiendo hacer con ella un altar donde venerarme
frente a tu derrota.

Acantilada

Una piensa que podrá pintarse los labios de rojo y tapar los cardenales con otras sombras y vestirse las rodillas con geranios, pero la cabeza se derrama por el cuerpo como una copa de vino al límite de una mesa.

Monólogo interior

Alguien ha venido
—Toc toc.
—¿Quién es?

Alguien ha venido tan deprisa que el sonido de la puerta eran mis nudillos
golpeando un cajón.
La pregunta impertinente de siempre al reflejo de las marquesinas.
—Toc toc.

Quiero salir.
¿De dónde y a dónde para ir adónde?
—¿Quién es?

Alguien ha venido tan deprisa que noté el viento de un tren de larga distancia y miré a mi derecha, fue entonces, hacia la izquierda, una bandada de pájaros con el pico sangrando en la ventana.
Recojo su sangre en pañuelos que conservo en una cajita de la mesilla.

¿Pero fui yo o...?
¿Quién es?

Una grieta en mi costado me avisa: de la sed de venganza solo te quedarán los labios secos.
Mi amor no me conoce porque mis ojos son crías de camaleones acomodándose.

¿Quiénes sois?

Mi cuerpo, ampollas que explotan como plástico de burbujas que recubre algo frágil sin saber,
todavía,
que ahora sí.
Algo se ha roto.
Soy innecesaria para lo que me necesito.
Ahora no puedo jugar y aun así exploto,
me exploto, me explotan.

Toc toc toc toc toc toc toc toc.
Alguien sigue ahí en alguna parte.

—De salir adelante solo recordarás que me dejaste atrás—.

¿Quién eres?

Alguien enciende de una sola vez un millón de televisiones inoportunas y

crack.

No eres más que otra

—Dramática.

—¿Me hablas a mí o a tu incapacidad de controlar tu frustración por mi capacidad de reflejar mis sentimientos en lugar de amontonarlos bajo la cama?

¡Con la caja!

Yo pensaba que de abrirnos en canal seríamos
como un concurso divertido de los noventa,
pero te fuiste con el apartamento a Torrevieja
y ahora vivo en la caja.

Cómo saldrán

Hoy pienso con los ojos empañados: ya tienes la fuerza para
admitir que la carne duele.
No disimular.
Y otro día hablar, como si un sueño contase.

En mi terror la sociedad se manifiesta
como pequeñas pirañas con patas,
anidando zonas débiles de mi cerebro.

Ya no pienso cuándo, sino cómo.

Cómo saldrán.

Gif

Mientras busco un gif que te explique
cómo arde el esófago tras una cascada de ácido.

Me pregunto:

¿Será mi cuerpo una tubería rota imposible de parar?

¿Seré un mecanismo autodestructivo ya irremediable?

¿Podrá mi abuela hacer un dobladillo con esta piel colgante
que pellizco, todavía, horrorizada?

Maggie

Cuando me miro las manos
recuerdo a esa niña de diecisiete años
sosteniendo una cara de mala malísima
de puro acero

—una máscara que pesaría no menos de mil kilos, juraría —.

La recuerdo con la espalda curvada
y cansada de lastre,
llegar a la cama tan rota
con las manos tan sucias
y solo pienso:

ojalá hubieses sabido llorar, criatura,
en el momento que tuviste que hacerlo
y no ahora.

La amiga soy yo

Sonabas como la muerte de siete niños en Gaza.

Debí haberme dado cuenta mientras soñaba como una china
recién nacida con *reciénnacer* a otra china o
con acabar siendo un mecanismo de explotación
tan parecido a ti pidiendo mi cuerpo
—*send nudes*—
mientras te solicitaba un poquito de atención
—*send a little bit of patience*—;
es para una amiga.

Mira te lo voy a decir: la amiga soy yo.

Tú no estás preparado ni para esto ni para bajar la basura.

Cuánto te quise solo lo saben los baños de los *afters*.
Cuánto te quiero solo lo saben los vecinos que hablan mal de mí.

¿Volveremos un día a decirnos que jamás se lo diremos un día?
¿Volveremos un día como los clásicos en VO?
¿Volveremos un día a decirnos «cuánto te he echado de menos»?

¿Me dirás que soy una niñata para acomodarte en la inmadurez?
¿Volveré a llamarte irresponsable para que no me asumas?

Ojalá tu madre siga limpiándote el baño hasta que uno de

los dos muera,
sinceramente.

Calcetín

Irnos.
Marcharnos.
Irnos lejos o cerca.
Burlarnos de la distancia,
esa sucia descarada que separa al amigo y a la madre.
A la madre del hijo.
Al pan del hambriento.
Irnos.
Marcharnos.
Estar en el aseo de abajo,
como una toalla olvidada antes de la ducha caliente,
pero estar.
Irnos,
buscarnos.
Como a la sal en la mesa,
como al pulso.
Con la desesperación de un ticket.
Llamarte documento.
Ser de nuestra hambre lo salvado de la cosecha tras la lluvia,
ser de nuestra hambre.
Yo, un granito de café,
y tú, mi campo.
Irnos.
Marcharnos.
Irnos cogiendo cariño una vez más,
como si flores para un ramo fuésemos.
Caber en la misma mano como zanahorias de un huerto.
Irnos señalando en las esquelas de un periódico tras las catástrofes,
tranquilos de ser los siguientes.

Ignorar lo grotesco,
levantar un muro a lo cruel.
Irnos riendo de lo amargo,
marcharnos del dolor como si refugiados fuésemos,
pues refugiados somos y seremos.

Irnos.

Marcharnos.

Quedarnos en este instante en el que te amo más que nunca.

Anatomía

De todas las cosas que hay en esta habitación,
¿por qué a mí me tocó ser yo?

Nota en la ventana:

No pagues con el colchón la caída.

La explicación

Si alguien pudiese traerme una explicación razonable, me bastaría.
No la decoréis.
No necesita espumillón, lacitos o guirnaldas.

Quizás mereciese una disculpa o un perdón, pero tan solo una explicación me arroparía.

Lo primero, no me toque,
lo segundo también porque siempre hay que repetirlo.
Debería ser suficiente con un silencio,
pero por tercera vez: lo primero,
no me toque.

Verá usted, tal vez entienda,
no creo ser capaz
—en el estado de mis carnes—
de soportar el tacto de las cuchillas,
aun disculpadas,
a mis pies.

Tan pronto no.
No es tan temprano como para que Dios me ayude, no lo creo.

No le creo.

Igualmente si alguien, un repartidor, un cartero amable, tal vez una nueva vecina por conocer en este edificio o un adolescente gritando que: «Estar soltera está de moda, pero pusieron la canción, que esa *gyal* tiene que ser,

que ella es *callaíta*».

Es decir: hasta un idiota etílico me bastaría.

Si cualquier habitante del planeta
—no me hagáis llamar tierra a lo que hacemos arder—
se acercase y me la diese: mi angustia, mi pena enferma que huele como panes podridos bajo la cama, mi enquistada distimia, mi delgadez pidiendo tregua, mi desconsuelo: durante un momento respirarían, encontrarían salida.

Se abrirían paso entre el hielo.
Como una niña que patinando sobre él lo escucha quebrarse bajo sus pies, y

justo cuando cree ir a morir congelada, asoma años y años y años después la cabeza cogiendo aire para decir: «No contesté porque yo estaba en la disco *perriando,* comiend*o molly como pica pica,* vivo rápido y no tengo cura».

Porque he memorizado todas las excusas
que debería poner alguien como yo
cuando no se le ve el pelo
mientras se le cae,
pero.

Tened siempre en cuenta que,
si me volvéis a dar por acabada,
no olvidéis que es porque siempre acabo
de empezar algo.

Por ejemplo: a escuchar canciones carentes de sentido muy pegadizas,
ser yo misma
o pedir una mísera explicación,
después de todo.

Descansar

Me intento contar que
es como si alguien habitase firmemente de pie mi pecho,
y por eso no pudiese desplomarme en calma y sueño.
Jamás me pudiese tumbar,
dejarme caer sobre cojines mullidos
que rezuman plumas de gorriones antiguos,
y descansar.

Solo descansar,
un ratito.
Un ratito amable,
como el olor de las castañas
posado en la punta de mi trufa,
canina y enferma.

Solo descansar.

Sin que aquella criatura firme,
cruel como partirse una uña

limpiando arrodillada la jeta del mandamás,
traspase mis arterias,
costillas, pulmones, corazón.

Dónde estás, corazón.

Amánsame con una nana.

Acurrúcate una sola vez conmigo,
seamos solo un momento una.

Una mente en blanco.

Me lo cuento llenita de dientes y pestañas
bajo la almohada.

Suplico desde la infancia,
en este final donde mi sombra envejece:

dibujemos un atardecer de tregua en este segundo.

El orfanato

Abro la última conversación de mensajería instantánea contigo y visualizo lo que parecen mis últimas palabras, frías pero tiernas.
Como el sobre acolchado de mi última carta, con las que no resultaron mis últimas palabras de otro año casi finalizado, y también un libro.

Un libro malo con buen título y una dedicatoria con
—casi lo consigo—
mis últimas palabras de otro año.

Empezaban despidiéndome del anterior con las penúltimas palabras dichas en la solapa de un vinilo,
acomodado en una caja de cartón; debería habernos dejado descansar ahí.

Cierro los ojos y visualizo la dirección de tu primera y última casa.

Un Jesucristo tan Jesucristo, como el que cuelga de cada habitación paternal de fe media, nos observaba ser un fenómeno siamés.

¿Serías un espermatozoide rápido y yo un óvulo independiente y egoísta?
¿Crearíamos por lo tanto una sola vida imposible de sobrevivir los dos?

Tanto te he querido que siempre pensé que nosotros seríamos para siempre nosotros, *todoesto* y *loquefaltaba*.

Sobre todo *loquefaltaba*.

Una mancha de imaginación sobre un mantel de realidad.

Y hoy, soy una huérfana sentada en las escaleras de un orfanato despidiendo un coche,
que confunde si es la primera vez que la abandonan o la última vez que echa la cuenta.

Tu nombre

Cada día aprendo una palabra.

No es que no la conozca,
es que la pongo en práctica.

La ejecuto, la ejerzo, la cumplo más como un deber que como una promesa.

Más como una promesa que como un deseo.

La pongo en marcha, la arranco, saco la mano por sus vocales: coloco delicada y debidamente la lengua para pronunciarla en cualquier oración.

Creo que hoy aprenderé *reconstrucción'*

y olvidaré tu nombre.

Tell

La gravedad de las cosas es relativa,
ya que este dolor que siento podría elevarme.

Como un cordón umbilical que,
lentamente,
me devuelve contra la teoría de Newton:
pues yo soy la manzana
y también Guillermo Tell.

Elevarme sin que yo opusiese resistencia,
sacudirme contra el techo hasta quebrarlo y,
entonces puede que sí, puede que ahí, el dolor
o la gravedad se manifestase.

Sería algo tan simple como un tabique nasal roto que deja caer
primero la sangre
y después a mí.

El ramito de violetas

Te mandé una carta,
no era 9 de noviembre
ni la llegaste a abrir.

¿Recuerdas quién te escribía a ti versos?

Tú jamás la mencionaste.

Como aquella vez que te mandé una canción
en la que te decía que mi adoración
casi parecía ya la de una madre
y mi pecho, una cuna.

¿Me viste más allá de los agujeros de mis pezones?

¿Viste agujeros más allá de aquellos?

Te extrañé como si tú nunca lo hubieses hecho.

Como si nunca hubieses abierto la carta.

Porque te metí un ramito para cerciorarme
y tú eres alérgico a las violetas.

Fenómeno/Natural

Como la tierra tiembla el hueso,
es un fenómeno natural.

No deberíamos juntar nunca la palabra «fenómeno» con «natural».

Porque el fenómeno es que siga viva,
lo natural sería que ya hubiese muerto de estar tan aterradoramente quieta.

Atlanta Bari

Cómo explicarle al océano
la activación de los sentidos cuando
—en un breve momento—
nos sentamos a observarle.

Pienso, ¿se sentirá incomodado por mí?
¿Sabrá que lo miro, que dejo que acaricie mi piel, que atesoro su olor como a la libertad?

Cómo explicarle a algo tan inmenso que,
un día caminando por la tristeza,
me agaché para recoger mis lágrimas
y cuando me di cuenta había caído a un pozo.

¿Sabes cuántas cosas terribles se ven al cerrar los ojos?

En ese pozo, en esos restos de agua turbia,
con las manos enredadas de pena,
mi cuerpo inerte y húmedo en la tierra, y
al fondo de la posibilidad de volver a existir.

Pero un día, una suave voz como una brisa pareció decir:
¿pensaste alguna vez que un pozo no es más que un túnel vertical?

Entonces tu piel, como una cuerda por la que trepar.
Como una estrella que bajó a por mí.

—El amor es una pequeña luciérnaga—.

Cómo explicarte que,
desde que me enseñaste el idioma de la luz,

no he vuelto a observar ni a cuestionar
otro océano donde mantenerme a flote
más puro y bravo que el latir las olas
de tu cuello.

De tal palo

A veces echamos de menos la versión que nos mostraron algunas personas,
—pese a acabar resultando falsas y dolorosas—
no es fácil olvidar lo vivido por lo escupido.

Es tan tierno y humano
como querer volver a quemarse el culo antes de saber que,
hasta el tobogán más dócil
—en apariencia—,
puede hacer mucho daño.

No somos tontos,
solo somos transeúntes con los ojos llenos de niños,
sujetando fuerte el palo del caramelo
que tantas veces regalamos por cariño.

Siempre

Nunca os arrepintáis de haber pedido perdón, agradecido, querido o dado todo sin vuelta o con portazo.

No se trata de que lo merezcan o no: se trata de que seamos honestos con nuestros sentimientos.

Recordar

Olvidar el tacto de lo que una ha amado
también es arrancarse la piel a tiras.

En blanco

Lo hecho es una página rota en mil trozos,
perdemos tiempo uniéndolos.

El futuro es el valor de empezar a escribir otra.

El pulso

Me deslizo como un fantasma por un camino de gotas de sangre hasta el mullirme más cercano y, una vez desvanecida, me pregunto desde la primera capa hasta la dureza de la última muñeca rusa: ¿cómo sobreviví?

Una voz más recompuesta parece decir decepcionada: *por un camino de gotas de sangre, como un fantasma*.

Y mientras desaparecen las capas de mis muñecas, yo trato de encontrarme el pulso.

Los bolsos invisibles

¿Sabes, Tritón? Ayer buscaba un regalo para mi madre.
En concreto un bolso, porque mi madre siempre lleva muchas cosas encima

—cariño, efectivo, besos en la frente, el cuerpo partido en dos, una pena y una mujer—.

Parece ser que ahora se llevan los bolsos transparentes.
No tengo nada en contra de quien se compre un bolso transparente, salvo que eres un *comprabolsostransparentes.* *
Lo primero que pensé es: ¿es esto vanidad o una invitación a que te roben?

Lo segundo: somos excesivamente transparentes.

Y, ¿no nos estaremos haciendo invisibles a los ojos de quien no tiene corazón porque tiene cientos robados?

Un poema empieza por todo lo que no acaba.

Di algo

¿Cuántas cosas sucedieron mientras te miraba?

¿No es curioso preguntármelo así?

Estaba ciega.

Tu final

Has visto demasiadas películas mientras yo te miraba.

Mientras yo te miraba,
tú nos veías en la escena de Ikea y la familia china de una película sobrevalorada y machista.

Mientras yo te miraba,
tú veías a tus hijas en el verde de mi iris
—nunca el dolor—,
un piso pequeño en Madrid Río
—nunca la lágrima—.

Mientras yo te miraba,
tú veías mi vida pasar y no lo que pasaba.
Nunca el tiempo,
el cansancio,
mi cuerpo hacerse pequeño en una esquina.

—Has visto demasiadas películas—.

Mientras yo te miraba,
tú veías guerreros animados
matar a otros guerreros animados
en una simulación,
y te reías.

Nuestro amor era el único mechero en el concierto, y tú te reías.

Nuestro amor era la última canción en el mundo, y tú te reías.

Has visto demasiadas películas mientras yo te miraba,
no sabes dar las gracias
porque las reíste todas.

Mis sentimientos se fueron cayendo
de distintos tejados como gatos,
desprevenidos,
¿lo ves?

No puedes recuperarlos:
nuestro amor era el sueño de un tuerto.

El mío

El chino es el poder para hacer desaparecer la cola del tobogán, el chico con el que me hubiese gustado jugar a los tazos. El último cromo de mi colección, el castillo que protegía de la marea en la playa.

Un cómic de *One Piece* que engloba todos los cómics de *One Piece*, la intro de *Death Note*. Saber que existen los *doppelgängers*, las culpas bonitas, Hércules y su torre, los pasillos infinitos.

La primera vez que me di cuenta de lo atractivo que resulta recogerse el pelo cuando estás cansada. Estar cansada y escribir con un ojo. Que se pueda escribir con un ojo, la boca, un pie de puntillas, la letra más ilegible del mundo y entenderse como dos esquimales.

Un iglú ardiendo en una habitación sin ventanas de Tirso de Molina, un cuadro ni bonito ni feo ni abstracto: tremendamente gracioso.

Sonreír sin dientes, tres hoyuelos y medio, la pérdida de la inocencia, la mejor canción de Joy Division con las vocales invertidas, bailar en un folio en blanco.

Todo lo que no se me ocurrió a mí antes.

La casa

Cuando ardió mi casa,
yo te miré a ti.

No fue tanto pensar en lo perdido
sino darme cuenta de que te miraba desde dentro,
y ahora soy oscura
como todo lo que sobrevive al fuego.

Pero florece una casa por cada llanto que surco
en silencio.

El hogar

He soñado con una isla rodeada de ella, decidido que el patio es mi habitación favorita, me he enamorado de una perra negra como una luna agradecida y me duele la boca del estómago: porque las tripas también reconocen la llegada irrevocable.

La brutal diferencia entre sentimientos y emociones.

La china

El chino ya no es el chino,
y tú tampoco querías
—porque hace tiempo que no podías—
reconocerlo.

29

Ayer celebramos los 29 de Javi por primera vez en nuestra casa.

Bebimos, comimos y mientras todo ocurría simplemente pensaba: es como si la ternura estuviese colocándonos muy despacio en un lugar seguro donde ya estuvimos, solo que tardamos en apreciarlo.

Apreciar, prosperar.

Poner cariño en lo que te rodea con amabilidad.
Abandonar sin dolor los sentimientos de la veintena.
Aceptar el amor en cada palabra que es brindada por él mismo.

Crecer.

Me estoy estirando por dentro como un amanecer sin despertador.

30

Javi acaba de cumplir 30,
en una página también se puede pasar un año.

Celeste

Hay quien todavía confunde «lucha» con «guerra» y «casa» con «hogar».

Después nos duele que al «desgarro» se le llame «exageración» y a la «decepción», sin pudor, «locura».

Ojalá nunca viniésemos de nuevas, pero el olor a leche, a cachorras: es nuestra seña de paz.

Nuestra piel marcada, pese a todo, es celeste.

CELESTE

[THE CINEMATIC ORCHESTRA, *To Build A Home*]

Los falsos ídolos

Algún día erguiremos un templo
con lo que vosotros nos dejasteis como tumbas.

El naranjo

Hay que reírse.

Lo primero que pienso al despertar es que hay que reírse hasta llorando.

Hay que reírse aun con los morros cortados de retorcer la rama.

Si tengo un naranjo, guardaré las naranjas.
Me río suave en el pecho para que me oigan las criaturas justas.

Voy guardando: una, dos, tres...

Y pienso, ¿cómo subiré luego este saco de fruta hasta un lugar a salvo?

Una voz más antigua que la de esta mañana amarilla me recuerda que prometí erigir templos sobre algunas tumbas.

Cuatro, cinco, seis naranjas...

Vosotros que preparasteis nuestras tumbas
sin saber que hacíais escalones.

Siete, ocho, nueve naranjas...

Oye, tú

¿Tienes fuego
o soy yo resurgiendo de mis cenizas?

La misma de ayer

Y entonces el presagio,
aquella estrofa que ilumina los tejados.

Entonces rayo, trueno,
un relámpago en mi iris.

La tormenta es un estribillo doloroso
donde yo canto mientras tiras de mis cuerdas vocales: son estas lágrimas.

Sé que son estas lágrimas.

Cuando cruzan mi boca,
sé que son estas lágrimas
las mismas de ayer.

Un círculo también es un cero o por dónde empezar

Al principio pensé un círculo,
lo pensé hasta que existió.

Lo pensé hasta que pude moverlo con las caderas
para generar energía suficiente con la que encender cada mañana
tus ojos y la cafetera
—no soporto el olor del café—,
tus ojos y la manutención de tu hija
—tu hija merece un padre no un hijo—,
tus ojos y tu alquiler
—no te soporto, tu maldad pesa demasiado—.

Después el círculo se hizo un túnel
—un túnel es un pozo horizontal, ¿te acuerdas?—
y tiraste de mí hasta retorcerme las orejas.

¿Has visto mis palmas?

Gravilla y sangre.

Ahora no te interesa metérmela en la boca por si desactivas el *off*.

Ahora prefieres que robe el enemigo a que ladre,
porque el enemigo soy yo.

¿Seguro que no te apetece metérmela en la boca?

Hemos brindado lo suficiente a tu salud como para saber que te pongo enfermo.

Alguien encontró el botón, cazadores,
y lo pulsó con firmeza.

—Ahora ladro suelta—.

Ni siquiera os habéis dado cuenta
de que os he dado la ventaja de lo que dura este poema
para echaros a correr
con la correa en la mano.

La madre

La madre de vuestros hijos.

La madre de vuestros hijos, decíais.

«Eres la madre de nuestros hijos».

Ahora que al partir y partirme
no me mirasteis ni a los ojos,
¿será que ya os disteis cuenta de que solo fui la madre,
hijos míos?

Triste

No es que me conformase con poco,
es que me convencí de no merecer más.

La trenza

Y llegó el día en el que volvió a crecer mi trenza

—pero el pelo apenas te alcanza los hombros—.

Pero esa trenza era una cuerda de mil cuerdas. La tejí mientras buscaba pepitas de oro y solo conseguía pellejos en sangre.
Ay, mis uñas de tierra…

—entonces volviste a reír—.

Cayó la tormenta más ruidosa

—pero las lluvias cesaron ayer—.

Es la silenciosa, te agarra las tripas y ya no puedes moverte. Por eso me tragué las lágrimas. Eran ácidas como si solo limones hubiese comido en años.
Padre, sé que una parte de ti se muere. Yo también te diré que estoy bien.

Te diré que reparto geranios y pestañeos, aunque todo este tiempo haciendo nudos.
Aunque vislumbrar este futuro utópico de calma y saliva sea un holograma de tu pobre corazón.

—¿Ya se alzaron los puñales? ¿Se levantó tu sueño como Lázaro?—.

Todo eso ocurrió, padre.

Fue un atisbo de sonreír o cerrar los párpados

y, de nuevo, alguien cortó mi trenza.

[XOEL LÓPEZ, *Ningún hombre, ningún lugar*]

Revolver

Rehacer la trenza. Agradecer el sol. Perdonarme la muerte.
Reír las manos pegajosas de fruta.

Rehacer la trenza.

Saber que a veces todo tarda en curar,
lo que tardas en volver a hacerte
una trenza.

Una simple trenza.

Volver a acabar.

PÁGINA 0

Volver a empezar

Sigo sin concederme deseos porque cambié los míos por los vuestros,
me convertisteis en mi propia rehén.

Soy una chica que no olvida la sangre que ha perdonado.

Caperucita era una perra de caza,
el lobo siempre fue un cazador.

He traspasado el dolor hasta doblar como un junco mis huesos.

Soy inquebrantable: no puedo enfrentarme a mí misma.

Es imposible.

Nunca pudisteis hacerme más daño
del que yo os hice creer que os permití.

P.D. No me llores,
estos años también he aprendido.

Estos años he aprendido II

Que el que te da un consejo con cariño,
te regala la compañía de la experiencia.
Que el que ordena cómo, cuándo y dónde,
no valora a quién.
Que tan importante es saber quererse,
como entender que hay gente que nunca supo, ni sabrá, hacerlo;
y esto es decir tampoco lo harán nunca con ellos.

No pierdas tu energía en intentarlo.

Conserva tu energía.
Sin ella no podrás salir del barro tú,
así que tampoco podrás sacar a nadie.

Protege tu energía.

Protégete.

Cuidarte no es descuidar.
Cuidarte es mimar el templo que llevas levantando desde aquel primer llanto.

Cuidarte no es descuidar.

No olvides tomarte tu tiempo para colocar,
cada día,
un nuevo coral en tu templo.

Cuidarte no es descuidar.

Si tu templo se desploma,

todos seremos sepultados.

Nada habrá merecido la pena.

Permítete la pena.
Llora, llora como un lactante que no sabe por qué llora.
Llora como una anciana que sabe que lo hará hasta el final.
Llora en tu casa, en el metro, en el súper, en la cara de tu padre, en el pecho de los animales, en una oficina de correos.

Llora donde quieras y por lo que quieras.

Quien cuestione tu llanto jamás sabrá hacerte reír.

Quien hoy te llama loca, mala, puta:
mañana tendrá que llorar.

Dame la mano como si fuésemos cientas y grítalo,
grítalo porque nunca lo han oído lo suficiente:

«Recuerda que hoy nos llamas locas, malas y putas,
y que mañana será una loca mala puta quien te haga llorar».

No te lances al mar de lágrimas de quien te ahoga.

Sí, permítete la pena, pero no perder el aire.

Ya lo dije, ya lo aprendí estos años: lo que te hunde no avisa cuándo.

Que te puedes poner como quieras,
pero quitarle importancia es quitarte humanidad, así que créela hoy.

Créela hoy, porque estos años he aprendido el temor.

Estos años me han violado, estrangulado, quemado viva,

descuartizado, masacrado a golpes, coaccionado.

He aprendido a decirlo yo, porque he aprendido lo que duele susurrar con la boca cosida.

Que muchas no pueden,
pero sí pueden,
aún pueden,
créela hoy, porque ya no estamos seguras de cuándo será tarde.

Porque ya no estamos seguras,
porque nunca hemos estado seguras.

Que el que mira a otro lado,
el que la deja hablando sola;
eso que llama «cojones»,
que usa para procurar un sermón de aliado,
feminista tú de qué, se los puede guardar en la boca,
con las moscas, el embuste y la mierda.

Que nadie dijo que las cosas claras
fuesen fáciles.

Y también al revés.

Que madre no hay más que miles,
no estamos mirando bien.
Cuántas cosas hemos dado a luz
en medio de la oscuridad
que a veces si queremos no podemos,
y no pasa absolutamente nada,
y a veces hasta nadie.

Y estamos aquí, ¿no?

Estamos aquí, sí.

Que los hombres también salen volando en escobas,

que a las brujas nos molan los deportivos,
que mujer tenía que ser,
pese a muchos,
y mucha gracias, papás.

Que a veces todos los días no son más que un cumpleaños
en el que esperas hasta caer dormido que alguien se acuerde de ti.

Que un día te despiertas y lo has olvidado.

Que la explicación casi siempre está entre astillas
y, la mayoría de veces,
era tan innecesaria como el terrible escozor que te deja en las manos.

Que siempre hay alguien que no conoces que daría las suyas por curar las tuyas.

Que el mundo no es un pañuelo, es una piñata, y nosotros los ciegos que la golpeamos.

Pronto caerá sobre todos el rencor y
ninguno querremos recogerlo entonces.

Que cuando te quedas tú con todo el amor, también con un madero en el costado.

Que hay nidos que son hostiles, pero eran nuestros nidos.

Dime cómo bajarías tú de la copa más alta de un árbol
que tallaste con las tripas, corazón.

Que amar no es una debilidad, es una proeza.
Que cambiar de piel es pasear por el desierto en carne viva.

Que amar es amar y no se sabe: se hace.

Cuida el pico.

Si quieres volar, no hagas la sangre.
Si quieres volar, cuida el pico que en tu pico posó el pan.
Si quieres volver, respeta el nido.

Todos hablamos de lo que no nos incumbe para olvidar lo que sí.

Cuida el pico.

Que los abrazos son a peso muerto.

Levanta, levantad, levántate.

Déjate caer todas las veces que lo y me necesites.

Que los trastornos mentales son una lucha de valientes y loco es el que te lo llama.

Que guapa me tengo que ver yo, no tú.

Que gracias por el piropo, pero el mundo está lleno de espejos con los que aprender a comunicarse y ninguno tiene pestañas.

Que es mejor quedarse con la palabra en la boca que regalarla al oído del inepto.

Que lo que hoy te rompe en trozos,
mañana te va a partir de risa.
Porque el que ríe el primero
tiene un puto paraguas de acero.

Que no te olvides nunca,
no te olvides: si te está matando NO es amor y mucho menos el de tu vida.

Y que hay una sola palabra que debemos recordar
siempre que el agua nos vuelva a llegar al cuello,
porque el agua siempre,

siempre,
vuelve a llegar al cuello,
mi vida: nada.

Epílogo

La crónica cinética es mi historia y la de todas las mujeres que me precedieron.

La de las «anónimas» que atisbó Virginia Woolf —la Colette detrás de Willy, las Brontë detrás de Bell—. Aquellas cuyos nombres no trascendieron por pobres, por esposas, por color, por religión o por cualquier otro infortunio añadido a su género. La historia de las que no tienen voz por nacer en el lugar equivocado —la naturaleza del predador es voluble: misma guerra, diferentes batallas—.
Es la huida de todas las Plath que, privilegiadas, tuvieron la desvergüenza de enfermar de sensibilidad. Es la fe racional de una Madame Curie juntando los sesos de Pierre —si dicen que el amor mata, quizá pueda revivir—. Son las Ava Gardner de rostro desfigurado y las María Moliner que nunca aprenderán a escribir. El agotamiento de las almas viejas que iluminan los tejados de fuegos artificiales, de dinamita, de fuego o de luz azul. La soledad de la que se cree víctima, siendo superviviente.
Si detrás de todo gran hombre, hay una gran mujer, detrás de todo cazador, hay un fiel canino que espera su turno.
Hagan justicia a nuestra condición de seres humanos. Por favor, tomen partido.

AMANDA

Notas

* Persona excesivamente entregada a la moda rozando el umbral de la carencia de sentido común.

Perras de caza
Irene X

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Albert Soloviev

© Irene X, 2022
© por el prólogo, Aixa Bonilla, 2022
© por el epílogo, Amanda, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2022

ISBN: 978-84-670-6804-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!